

PRIMERA PARTE.

HISTORIA DE LA PRIMERA ROSA.

CAPITULO I.

I.

¿Existe sobre la tierra  
Ese amor firme y sincero  
Por el cual el mundo entero  
En un corazon se encierra?

Acaso no en el gran mundo  
Que de vanidades vive,  
Y en el cual no se concibe  
Ese amor ciego y profundo;

Mas yo sé de corazones  
Cuya esencia este amor fué,  
Y porque su historia sé  
La escribo en estos renglones.

Tendido á los piés de un risco  
Y á entrada de un valle fresco,  
Que corona pintoresco  
Un castillejo morisco,

En territorio andaluz  
Y á la orilla de la mar,  
Hay inundado en la luz  
Del sol de España un lugar.

Su nombre está ya perdido  
En el mapa y en la historia.  
¿Para qué pues mi memoria  
Le ha de sacar del olvido?

Nada hace á la historia mia  
Su nombre ni el del castillo;  
Pues pasa en un lugarcillo  
De la hermosa Andalucía,

Sin duda debè de ser  
A propósito lugar  
Para lo que hoy á contar  
Voy al curioso lector.

Era, pues, un lugarejo,  
Cuyo nombre no hay quien halle,  
Sentado á boca de un valle  
Y á sombra de un castillejo.

Ciento cincuenta años há  
Que al moro se conquistó:  
La raza que le ganó  
Del infiel no existe ya.

Diósele el emperador,  
De sus servicios en premio,  
A un caballero Bohemio,  
Famoso batallador,

A quien arruinó un proceso  
En Alemania, y que en pos  
De Cárlos, fiado en Dios  
Y en él, vino á su regreso

De aquel país á Castilla:  
Donde á fuerza de trabajos  
Dando y recibiendo tajos,  
Logró al cabo esta haciendilla.

Casóse con una dama,  
Tan noble como gazmoña,  
Que le trajo de Borgoña  
Con poco haber mucha fama;

La cual de su amor en prenda  
Le dió un hijo á quien no vió,  
Pues al dársele murió  
Dejándole en él su hacienda.

Al mismo tiempo que el luto  
Vistió por la esposa cara,  
Pagaba á la muerte avara  
Cárlos en Yuste tributo;

Y mas que vasallo fiel,  
Fanático adorador  
Del difunto emperador,  
Dió por difuntos con él

La prez y el valor del mundo:  
Y en su admiracion suprema  
Lloró la imperial diadema  
Rota en Felipe segundo.

Para él acabó la gloria  
Y el honor en Cárlos quinto:  
Construyóse un laberinto  
Con las de él en su memoria,

Y acusando de fatales  
A sus tiempos, vivió hundido  
En su torre, mantenido  
De recuerdos imperiales.

En honra de su señor,  
Decidió por buen acuerdo  
Ser un viviente recuerdo  
Del bizarro emperador.

Dió su nombre á su heredero,  
Con la precisa ecsigencia  
Que en toda su descendencia  
Fuese el nombre del primero;

Y que si el mayor finare,  
Aquel que le sucediere  
Sucederle no pudiere  
Si el de Cárlos no tomare.

Conservó toda su vida,  
Contra las modas airado,  
El gaban acuchillado,  
Gorguera y barba crecida;

Ni dejó al sombrero plaza  
Su alemana caperuza,  
Ni al colete de gamuza  
La milanese coraza:

Y como Dios le otorgó  
Larga existencia, su siglo  
Por evocado vestiglo  
Le tuvo del que pasó.

Idólatra de lo antiguo,  
La edad sin tener en cuenta,  
Vivió de la escasa renta  
De su patrimonio exiguo.

El mismo en la soledad  
Educando á su heredero  
Hizo de él un caballero  
De su ya olvidada edad:

Y este, que es al que los dias  
Alcanzan de mi leyenda,  
Siguiendo su misma senda  
Siguió sus propias manías.

Educado por su padre  
En la vanidad tudesca  
De su era caballescaca,  
No halla hoy cosa que le cuadre.

Nutrido con las historias  
Del tiempo en que aquel vivió,  
Del suyo desconoció  
Las hazañas y las glorias;

De modo que al fenecer,  
(Obra de su afan prolijo),  
Pudo decirse que en su hijo  
Tornaba el padre á nacer.

Todo de la misma suerte  
Continuó en el castillejo  
Sombrío, sin que del viejo  
Se echara de ver la muerte:

Pues su primer sucesor,  
El castillo al heredar,  
Ni un clavo en él alterar  
Tomó por punto de honor.

Y salva la diferencia  
Que entrambos la edad ponía,  
Que duraba parecía  
Del buen viejo la presencia.

Porque de él copia leal  
En su persona y su traje,  
Guardó el hijo su equipaje  
A la manera imperial.

Rapado á lo Cárlos quinto,  
Luenga la barba conserva,  
Como sus patios la yerba  
Conservan en su recinto:

Y así como no trocara  
Por el del rey su linaje,  
Ni mudó nunca de traje,  
Ni desembarbó su cara.

Una boda desigual,  
No en nobleza ni en fortuna  
Sinó en edad, oportuna  
Le acrecentó su caudal.

Una condesa que, viuda,  
Con sus timbres campanudos  
Y medio millon de escudos  
Sus ocho lustros escuda,

Se unió á él en matrimonio,  
Y á la vanidad tudesca  
Su vanidad quijotesca  
Allegó y su patrimonio;

Y atados con el torzal  
De iguales genios y gustos,  
Vivieron como dos bustos  
En un mismo pedestal.

Mas probando su largueza  
Una de esas bizzarrias  
En que dá todos los dias  
La rica naturaleza,

Hizo, mostrando el poder  
De sus caprichos estraños,  
Que al conde al fin de dos años  
Diera un hijo su muger;

Y no queriendo dejar  
Su obra incompleta, le dió  
Un hijo que no dejó  
Nada en sí que desear:

Pues robusto, hermoso y sano,  
Se desarrolló con brío  
Aquel capullo tardío  
Del amor del castellano.

No hay placer cabal empero  
En la tierra: la condesa  
Descendió á poco á la huesa:  
Y quedando el caballero

Solo otra vez y sumido  
En soledad y dolor,  
Concentró todo su amor  
En su vástago florido.

Criarle pensó en su casa  
Como á él su padre: mas es  
Locura intentar los piés  
Atar al tiempo que pasa.

Don Cárlos mientras fué niño  
Sus viejos gustos siguió,  
Porque al suyo no dejó  
Brotar el filial cariño;

Mas cuando llegó á ser mozo,  
Comprendió que la clausura  
De aquella vivienda oscura  
Semejaba un calabozo;

Y entendió cuán temerario  
Fuera aquel que en la corriente  
Permanecer de un torrente  
Pretendiera estacionario.

Declaró al anciano adusto  
Que era imposible seguir  
En tal modo de vivir  
Contra su tiempo y su gusto.

Resistió el viejo, insistió  
El mozo, y fué no sin pena  
Alargando su cadena  
Hasta que al fin la rompió.

Pajarillo que del nido  
Por primera vez se lanza,  
Ver ansiando hasta dó alcanza  
Por sus alas sostenido,

Bajó al valle, vió sus flores,  
Y encontrándolas tan bellas,  
Comenzó á saltar entre ellas  
Respirando sus olores;

Y haciendo atrevido alarde  
De su vuelo aún inesperto,  
En los rosales de un huerto  
Entretenido una tarde

Picando sin precaucion  
Una rosa campesina,  
La rosa con una espina  
Le picó en el corazon.

Quedósele en él metida:  
Y, aunque la quiso ocultar,  
Empezándose á enconar,  
Dió su padre con la herida,

Quien queriendo su dolencia  
Atajar con prontitud,  
Ensayó en él la virtud  
Del bálsamo de la ausencia.

Le envió á Nápoles de un vuelo,  
Y allí del virey al mando  
Le defiende contra el bando  
Del pescador Masanniello.

Su pader es hace sin él,  
Roido por el dolor,  
Tan tosco y ágrío de humor  
Como si bebiera hiél:

Y del peñon en la cresta  
Su vieja torre morando,  
Asoma de cuando en cuando  
Su catadura indigesta.

Dejémosle en ella pues,  
Y abandonando el castillo,  
Bajemos al lugarcillo  
Que está tendido á sus piés.

## II

En una casita blanca,  
Que á sombra de un verde sáuce  
Se mira en la agua de un cáuce  
Que va un molino á mover,  
Vive un doctor extranjero  
Del país muy estimado,  
Porque su amor le ha grangeado  
Su rectitud y saber.

Diez años hace que vino  
A establecerse en la tierra,  
Y en esto solo se encierra  
Cuanto el vulgo sabe de él:  
Independiente y discreto,  
Curiosidad no provoca:  
Mas sellada está su boca.  
Y cerrado su cancel.

Rara vez tiene en su casa  
Convidado ni visita:  
En su piso bajo habita  
Con modestísimo ajuar;  
Allí tiene establecidos

Su estudio y recibimiento,  
Y de libros hasta ciento  
Sobre el arte de curar.

Allí el patán y el hidalgo  
Que á consultar su dolencia  
Van, le aguardan en ausencia  
O para su entrada vez:  
El los llama á su despacho  
Por el turno en que ellos vienen,  
Guardándoles el que tienen  
Con estricta rigidez.

En su ministerio exacto,  
Jamás niega su asistencia  
Ni al dolor ni á la indigencia  
Con excusa ó dilacion;  
Ni le han impedido nunca  
Que llenara su destino,  
Ni el esceso del camino  
Ni el rigor de la estacion.

En la cámara del rico  
Que en holandas se reboza,  
Igualmente que en la choza  
O abrigo del pastor,  
Se le mienta con respeto,  
Se le ve con esperanza,  
Se le acuerda confianza,  
Se le paga con amor.

Idolatra de la ciencia,  
 Recorrido ha en largos viages  
 Los mas remotos parages  
 De sus secretos en pos;  
 La Africa, el Asia, la India,  
 De ellos su ciencia han provisto,  
 Y en sus desiertos ha visto  
 Las maravillas de Dios.

Por eso igualmente viendo  
 Por donde quiera las leyes  
 Infringidas por los reyes,  
 Mal cumplidas por su grey,  
 El mundo tiene por patria  
 Errante cosmopolita:  
 Mas de los pueblos que habita  
 Respeta y cumple la ley.

Como hombre que ha visto mucho,  
 Sus opiniones estrañas  
 Califican de patrañas  
 Cosas en que el mundo cree:  
 Y pospone los principios  
 Y la ley de los gobiernos,  
 A los principios eternos  
 Y á las leyes de la fé.

Hombre de arte, tiene en poco  
 Los blasones de nobleza,  
 Y no estima por grandeza

Mas que la del corazon:  
 Y al juzgar á los humanos,  
 Sin mirar á sus blasones,  
 Solo acuerda á sus acciones  
 Su imparcial estimacion.

Observador reflexivo,  
 Tiene del hombre y del mundo  
 Conocimiento profundo  
 Y comprension perspicaz:  
 Y en sus sólidos principios  
 Firme, es en sus opiniones  
 Como breve de razones  
 En su dictámen tenaz.

Y una vez que él ha abrazado  
 Resolucion ó proyecto,  
 Hasta que le lleva á efecto  
 Ni duda ni vuelve atrás.  
 Lo mismo trata los males:  
 Medita, observa, registra,  
 Y en las drogas que administra  
 No se equivoca jamás.

Iniciado en los secretos  
 Y las lenguas orientales,  
 Sus yerbas medicinales  
 Conoce con perfeccion:  
 Y en una caja de cedro



Con labores damasquinas,  
Guarda en frascos medicinas  
Que estrañas á Europa son.

Mil veces le ofreció el mundo  
Interés y dignidades,  
Córtes y universidades  
Ansiando su posesion:  
Mas él rehusó modesto  
El honor de sus favores,  
Por razones superiores  
Que guardó en su corazon.

Tal es el doctor severo  
Que en el piso bajo habita  
De aquella alegre casita  
Que al pié de la torre está.  
Su piso elevado, á estilo  
De los pueblos del Oriente,  
Es un santuario que asilo  
Solo á su familia dá.

Compónenla dos mugeres;  
La mayor, de edad provecta,  
A su cargo tiene afecta  
La economía interior:  
La mas jóven goza en ella  
De libertad absoluta,  
Sin que acote ni discuta  
Su autoridad el doctor.

En la posicion de entrambas  
La diferencia es notoria,  
Y su línea divisoria  
Bien fácilmente se ve:  
La mayor rige, dispone,  
Gobierna, administra, ordena,  
Deberes tiene que llena;  
La menor manda y posée.

El poder de la primera  
Tiene cotos: esta alcanza  
Del doctor la confianza:  
La mas jóven el favor:  
Pero en entrambas apoya  
El poder y valimento,  
En el sólido cimiento  
Del decoro y del honor.

El tipo de ambas es puro  
Y acusado netamente:  
La mayor es diligente,  
Reflexiva y perspicaz;  
Sin bajeza cariñosa,  
Complaciente con prudencia  
Por su celo y esperiencia  
De su empleo muy capaz.

Aunque raya en nueve lustros,  
Su raza transteveriana  
Ver su belleza romana

Deja de ellos á través:  
 Sus clásicas proporciones  
 Del pueblo rey la matrona  
 Recuerdan en su persona,  
 Y lleva el nombre de Inés.

La menor es una Rosa  
 Que al bello sol de la vida  
 Abre fresca y aromosa  
 Su capullo virginal:  
 Mas flor de orientales climas,  
 Su tipo, mucho mas bello  
 Que perfecto, tiene el sello  
 De su origen oriental.

Diez y ocho abrilés sus rosas  
 Sobre su faz deshojaron,  
 Y en memoria la dejaron  
 Su carmin primaveral:  
 Mas temprana cual las rosas  
 Que al sol de Africa florecen,  
 Ya sus formas aparecen  
 En desarrollo total.

Es una de esas mugeres  
 A quienes naturaleza  
 Hace tipos de belleza  
 En su hermosa imperfeccion:  
 Cuyas formas espresivas

En sus líneas incorrectas  
 Mil veces mas atractivas  
 Que las mas perfectas son.

Su beldad no constituyen  
 Las esactas proporciones,  
 Ni se dan sus perfecciones  
 A analítica inspeccion:  
 Su hermosura está en la gracia  
 Que no miden los compases,  
 Dón múltíplice de fases,  
 Incapaz de descripcion.

¿Qué es la gracia? Es un encanto  
 Misterioso, indefinible:  
 Una luz improducible  
 Por las tintas del pincel:  
 Es *algo* al poder rebelde  
 De la lengua y de la pluma;  
 Es un dón de Dios en suma:  
 Pero ¿quién dá razon de él?

¿Qué es la gracia? La de Rosa  
 Es la airosa gentileza  
 Con que se alza su cabeza  
 De su cuello en la esbeltez;  
 Es el aire voluptuoso  
 De su talle que cimbréa,  
 Que se comba y que se arquéa  
 Como el junco y como el pez.

La sonrisa embriagadora  
 Que hoyos hace en su mejilla,  
 Los cambiantes con que brilla  
 Rica en luz su pura tez,  
 La caída de sus párpados,  
 El ondear de sus cabellos,  
 Las cascadas que hace entre ellos  
 De la luz la esplendidez.

Es la marcha seductora  
 De aquel pié menudo y leve,  
 Que parece que en la nieve  
 Ni hace huella ni alza són:  
 El acento cuyo timbre  
 Hasta el alma profundiza,  
 Y el mirar que magnetiza  
 Con la luz de la pasión.

Este tipo de hermosura,  
 Que al análisis resiste  
 Y al discurso, solo existe  
 Bajo un sol meridional:  
 Y jamás le reprodujo  
 Del ingenio el poderío,  
 Ni del mármol en lo frío,  
 Ni en lo duro del metal.

Tal es el tipo de Rosa,  
 La admirable criatura  
 Que dá ser con su hermosura  
 A la casa del doctor:

Rosa es uno de esos seres  
 Cuyo germen, cuya esencia  
 Animó la Omnipotencia  
 Con el fuego del amor.

¿A qué raza pertenece?  
 ¿Qué emisferio la dió cuna?  
 ¿Qué derechos, qué fortuna  
 La reserva el porvenir?  
 Del secreto de su vida  
 El doctor tiene la llave;  
 ¿Y quién va de hombre tan grave  
 Los secretos á inquirir?

Mas, lector ¿cuál es el nudo  
 Del hilo oculto que corre  
 Desde la casa á la torre  
 En donde conmigo estás?  
 Escúchame un doble diálogo  
 Que en este momento pasa  
 En la torre y en la casa,  
 Y el nudo desatarás.